

LA PINTURA DE JULIAN GRAU SANTOS, FRUTO DE UNA VOCACION Y ESFUERZO

Hoy vamos a hablar de un pintor joven y ya importante. Se trata de Julián Grau Santos. No es precisamente un arribista que irrumpa inesperadamente en el arte para sentar cátedra con una pintura más o menos audaz y revolucionaria. Conocedor de sus propias posibilidades va al encuentro de aquello que le atormenta desde niño: el color y la forma. Su abuelo, Juan Grau Miró, fundó en Barcelona el Primer Salón de los Humoristas de Cataluña, y su padre, Emilio Grau Sala, extraordinario pintor afincado en París desde el año treinta, el grupo denominado de los Independientes. Pero esta solera, este linaje artístico, no ha sido motivo para que se le abrieran, pese a sus pocos años, las puertas de la crítica y la acogida del público.

He aquí su biografía de urgencia: Nace en Canfranc (Huesca) en el año 1937. Estudia en Barcelona el bachillerato y luego ingresa en la Facultad de Filosofía y Letras de la ciudad condal. Coordina los estudios de Filosofía con los de Bellas Artes en la Escuela Superior de San Jorge. París le es familiar, ya que pasa junto a su padre en la capital del Sena los períodos de vacaciones. Una gran oportunidad que no desperdicia. Se pone en contacto con todas las corrientes estéticas y con los grandes maestros de la pintura universal. Viaja por Aragón, Castilla —el prado le es familiar—, Andalucía, Levante, y arranca con sus pinceles esa piel hispana que tanto se habla hoy. Su primera exposición individual la hace en Zaragoza en el año 1957, en la Sala Libros, y su segunda en «Syra», Barcelona. Era el año 1959. Conservo todavía el catálogo. A modo de presentación, dice el crítico Fernando Gutiérrez: «Cuando todavía vive, no el recuerdo sino la presencia de Grau Sala en las Galerías Syra, un hijo suyo y de Ángeles Santos—ciudadana también de las tierras de estas Galerías—, muchacho de veintidós años, con el mundo y la vida por delante, quiere también decir su palabra y comenzar su historia. Se llama Julián, y su pintura, recién hecha, recién nacida y asomada al serio, áspero y maravilloso balcón del mundo, no

tiene Grau Sala ni Santos en qué apoyarse. Tiene solamente su nombre, su absoluta vocación y esa gracia que Dios pone tantas veces en los que son jóvenes en edad y eternos en buena voluntad, pero para quienes el tiempo empezó a contar anteayer. Julián Grau Santos, pintor de la raíz de España, pinta con la tierra y el corazón que son nuestros y de nadie más. Le preocupa lo que hay dentro de las cosas: el corazón y la tierra, y descubrirles ese secreto que es sólo de los hombres. Y, hombre de poca edad, nos ofrece esta primera y sobrecogedora experiencia, que solamente se parece a él, a lo que es y a lo que será. Esa historia suya que empieza ahora con la palabra de la forma y la luz».

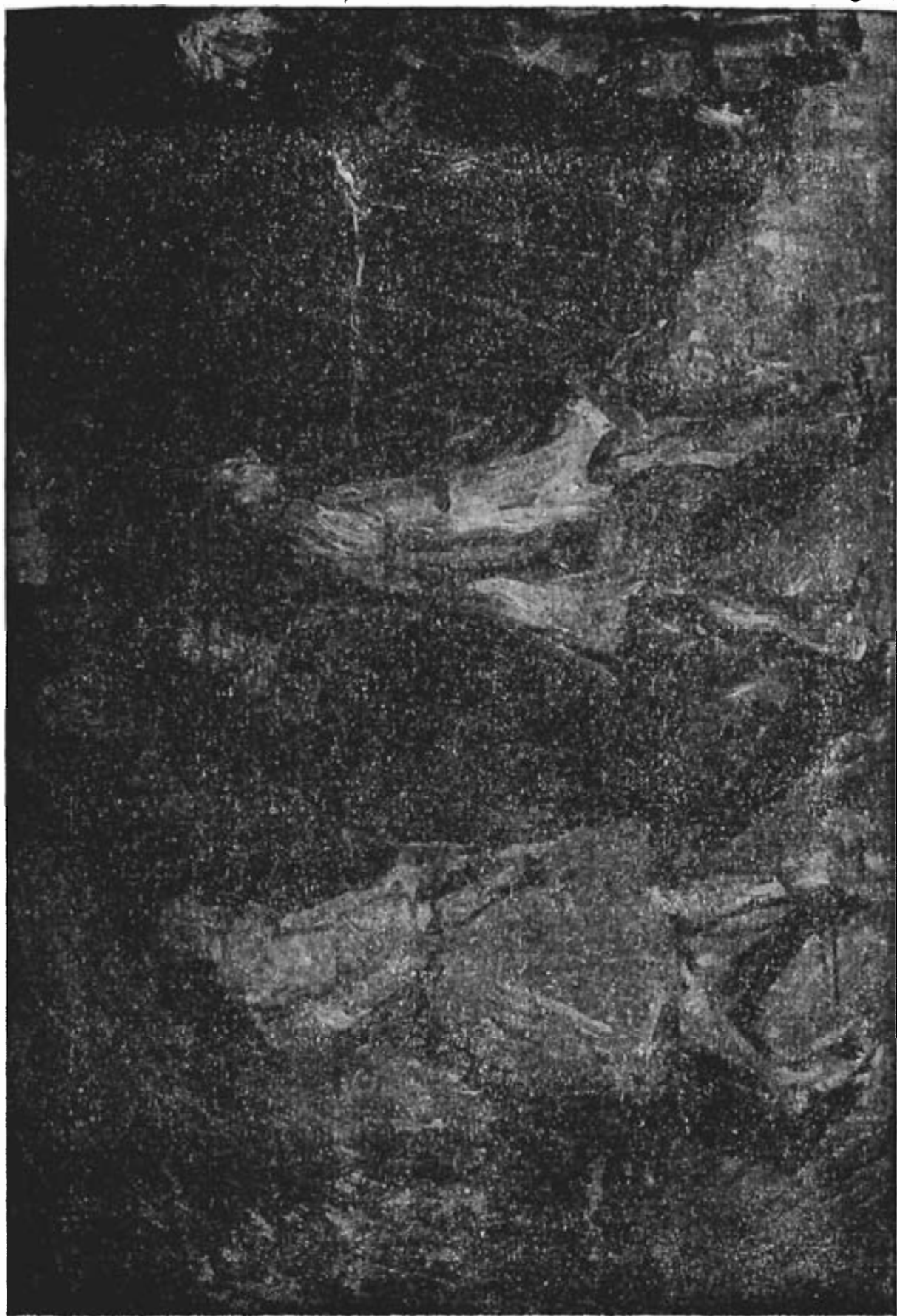
Tarda un año en exponer de nuevo. Lo hace en la misma sala. Concorre a numerosos certámenes colectivos de Barcelona, Madrid, Palma de Mallorca, Zaragoza, Exposición Nacional de Bellas Artes de 1960 y II y III Concurso internacional de dibujo de la Fundación Ynglada-Guillot. Se le otorgan numerosos premios, entre los que podemos citar: primeros premios en el I y II Certamen de arte universitario de Barcelona 1956 y 1957; medalla de plata (1958) y tercer premio y medalla de plata (1960) en el Concurso nacional de pintura de Alicante; primer accésit en el concurso «La Rambla vista por los pintores» (Barcelona, 1961); medalla Ramón Rogent y premio del Cabildo Insular de Las Palmas de Gran Canaria en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Expone individualmente en las principales salas de arte de España.

Hay un hecho curioso en la correspondencia cruzada con él a través de algunos años, y es que todas sus cartas llevan unos dibujos hechos a vuela pluma, muy interesantes por cierto.

En más de una ocasión me dijo que le interesaba la escultura como gran medio para entender la forma. Y esta forma la ve en Vermer, Van Eyck, Zurbarán, Piero de la Francesca, Massacio, Fra Angélico, Cezzane...

Creo que tiende más a la integración plástica, sin dinamismos exuberantes ni dramatismos... Su pintura no es de suburbios... Ante sus cuadros se siente una alegría honda de vivir. Tierras anchas; hombres sanos. Ahonda en el naturalismo, pero sin entrar en la anécdota trivial, innecesaria. La fugacidad de unas líneas esbozadas y armónicas, ordenan y equilibran el cuadro de colores calientes como buen mediterráneo—no puede evitar la influencia—, pese a nacer entre las brumas de las montañas de nuestro Altoaragón. El color estalla a veces como ráfagas de luz salvaje; otras, el matiz, la línea alada, juega un papel importante en la creación de Grau Santos. Sus segadores son seres humanos idealizados por la misión que les ha dado Dios en la tierra.

Tanto sus tintas, como sus acuarelas y óleos, dejan un amasijo de pasión y entrega y, por qué no, ambición también. Es joven.



Pintura de Julián Grau Santos

El diálogo con un artista de veinticuatro años, que por añadidura es universitario, se presta a la polémica. Sin embargo, no la buscamos. Preferimos que discurra con sosiego, plácidamente.

—Intento ir hacia la depuración de mi pintura—dice—.

—¿Ha habido amargura en tu vida?

—Un poco, pero en todo caso, me ha beneficiado.

—Unamuno dijo: «Ni yo sé en qué pienso ni en qué creo». Es la angustia tremenda del que duda. Aplicado a las artes, todo un símbolo en este momento de transición.

—Admiro profundamente a Unamuno. Uno lee esto y sinceramente... No conviene dramatizar. Nuestra ansia de vivir, nuestro instinto, cruza a veces esa barrera de la duda.

—Sin conocerte, compré una obra tuya porque confié en ti inmediatamente. De esto hace ya siete años. Hoy está colgada junto a otras de la gran pintura joven española. Sigue interesando como en un principio.

—Siempre he reconocido mucho valor a aquel gesto tuyo de confianza.

—¿De qué te acusan?

—Se me acusa de pasión por la pintura; de mi hambre, llamémosle así, de pintar. Por otro lado se me acusa de mi interés por la vida cotidiana, por el profundo misterio que el quehacer y vivir de las gentes entraña detrás de lo anecdótico, de lo literario que esa vida ante nuestros ojos nos presenta; y, sobre todo, claro está, de que dé a esto categoría y validez pictórica en un momento en que se desprecia el tema y la pintura se ha reducido a plástica. Mira: sin mar, el fondo ya no es fondo, es un elemento distinto, una superficie material sin sentido. ¿Comprendes?

—Sí.

—La pintura, la plástica sin ese flúido, sin esa corteza viva que ante nuestros ojos se agita, es algo pobre y seco por muy rica fauna que ofrezca. La primera acusación la acepto. Poseo un apasionamiento quizá excesivo, pero creo que eso se cura. No me preocupa. Rechazo por completo la segunda acusación.

—¿Estamos un poco locos? Muchas veces me he preguntado el porqué de ese deseo obsesivo de la juventud—soy joven—de no querer tolerar nada cuando ve «deformada su realidad», muy subjetiva por cierto. Aunque no viene al caso, sé que me vas a hablar de Picasso. Posee esa fuerza demoledora, pero de sí mismo, no de los demás, para encontrar la unidad precisamente en ese disloque, que sólo consigue el genio. Es lo único que justifica el grito y la rebeldía.

—La pintura no es en sí un grito de rebeldía. Con frecuencia se utiliza como portavoz de ideas. De este modo deriva hacia un género inferior.

—¿Desengañado?

—Absolutamente de nada. Creo saber no pedir demasiado a las cosas.

—¿A quién admiras?

—A mi mujer.

—¿Por qué estudiaste Filosofía?

—Por mi deseo de ir al principio de las cosas.

—¿Te consideras genial?

—Primero habría que aclarar si realmente la genialidad es la cima más alta. La consideración que yo pueda tener de mí mismo pertenece a mi exclusivo secreto.

—¿Has llorado ante tu obra?

—No.

—¿Para quién pintas?

—Para todos y para nadie.

—¿Te preocupa el dinero?

—Naturalmente.

—¿Qué no has hecho?

—Muchas cosas.

—¿Qué buscas en la vida? ¿Tu mundo plástico es mejor que el de los demás?

—Primero no perder el tiempo. No tengo mundo plástico exclusivo. Tengo un mundo vivo que está delante de todos.

—¿Te permites hacer lo que quieres?

—Siempre se hace lo que se quiere.

—Alguien dijo que el pintor «es un estado de conciencia», y un abstracto «que la pintura de un hombre artista debe ser humana».

—Un cierto estado de conciencia lo posee todo el mundo. Nada de lo que hace el hombre cae fuera de su órbita.

—¿Qué dejas y qué coges del mundo real?

—Me interesa percibir todo el mundo real. A todo no se puede acudir. Forzosamente hay que elegir. Estoy en pleno descubrimiento de las cosas.

—¿Pisas en la tierra?

—Unas veces, sí; otras, no.

—¿Te dice algo Roault?

—Pues sí, pero no siempre. Me gustan sus paisajes, sus temas bíblicos, sus mujeres de primera época. No tanto el Roault que estiliza. De todas formas, en estos momentos, pertenece, está inserto en la gravedad de una pintura que desprende religiosidad y hondura.

Esto es lo que me dijo sin acento arrogante, sencillamente... El verbo y la historia de Julián Grau Santos.

FÉLIX FERRER GIMENO